

El Paciente y su Médico

Lara de la Fraga José Guillermo

Lara Cuervo Guillermina

Grupo 702, Facultad de Medicina Xalapa.

Cuando estaba a un paso de iniciar mis estudios profesionales de la carrera de médico cirujano, existían paradigmas que tal vez por mi falta de experiencia y conocimientos en la materia no entendía, aunque mi sentido común y mi naturaleza humana me indicaban que mi concepción no estaba muy alejada de lo que debería ser.

En mis prácticas de paramédicos, opción que tomé en la preparatoria, tuve la oportunidad de asistir a dos hospitales. Precisamente en uno de ellos conocí a pacientes de escasos recursos, de limitadas oportunidades y de poca orientación escolar. Aunque todo esto no quiere decir que no piensen, sientan y sepan qué significado llega a tener la vida en algún punto de la suya.

La experiencia que más me impactó fue cuando estaba realizando una historia clínica a un joven de 25 años de edad. Como era la primera vez que interrogaba a un paciente, tenía que consultar mis apuntes a cada rato, motivo por el cual el muchacho parecía divertirse ante mi falta de práctica. Aún así, contestaba con prontitud y buena cooperación, pero al llegar al padecimiento actual, el paciente dudó en contestar.

“Tengo SIDA, y me estoy muriendo” fue lo que contestó. En ese momento mi corazón empezó a latir más rápido, mis manos empezaron a sudar y por mi mente cruzó la idea absurda de que yo estaba en riesgo de contagio al estar en el mismo cuarto con el paciente. Él notó mi inseguridad y agregó: “Tal vez no deberías ser tan amable, todavía no estás en contacto con la medicina”. Fue en ese momento cuando decidí continuar ante la mirada interrogante del joven, y aunque tuve dificultades, al final aprendí mucho de lo que un paciente puede ofrecer, y lo que comenzó siendo

una llana historia clínica terminó siendo una plática amena y honesta.

Su historia era muy singular: Había iniciado su vida sexual a los 14 años por la novedad de compartir experiencias y contarlas con sus amigos. A la edad de 15 años tuvo su primera novia, con la que terminó por no acceder a tener intimidad. No concluyó la preparatoria y empezó a trabajar de cajero en un supermercado. La relación entre su mamá y él era precaria, así que ya con independencia económica decidió mudarse. Según él, era feliz, libre, y seguía acumulando experiencias sexuales de alto riesgo, hasta que un día empezó a sentirse mal. Tenía constantes dolores de cabeza, síndromes gripales recurrentes y diarreas que se volvieron crónicas, rápidamente comenzó a perder peso y a ausentarse de su trabajo. Tenía apenas 24 años. Acudió con un médico y éste le planteó la posibilidad de ser portador de VIH. Por supuesto, él se indignó y no se sometió a prueba alguna, pero su estado de salud se deterioraba muy rápido. Así llegó al hospital y le diagnosticaron VIH. dice que no se sorprendió, pero que si le dolió estar infectado, y hasta ese momento se dio cuenta de que su vida sí tenía sentido.

Escuché atenta su historia y me conmovió la manera tan serena de enfrentar su enfermedad. Pocas palabras pueden aliviar un padecimiento tan devastador, así que sólo le dije que esperaba tuviera tranquilidad en los días que vinieran y me despedí de mano del paciente.

Tuve tiempo de analizar las circunstancias, ingresé a la carrera de medicina con mucha ilusión, y curso el séptimo semestre de la misma. Me he dado cuenta de que la mayoría de la comunidad médica concibe a sus pacientes como un conjunto de signos y síntomas con una enfermedad determinada y muy pocas veces encuentran al ser humano en sí. Hay escasa

comunicación con el paciente, lo que entorpece el trabajo del médico y empobrece la relación entre ambos. Es cierto que el exceso de trabajo hace que se determine un patrón de acción con métodos prácticos y sencillos que alcancen el mismo fin. Es cierto que aún no he tenido oportunidad de prescribir un medicamento que cure a un paciente, ni tampoco he descubierto un método novedoso que revolucione el mundo médico, pero hay otras actividades menos científicas y también menos complicadas que son iguales o más importantes que un medicamento milagroso. Los pacientes necesitan ser escuchados y valorados, es ahí donde la naturaleza humana es primordialmente esencial. Estamos en contacto con el dolor humano, tal

vez la causa más importante por la que la mayoría de los enfermos se quejan y se acercan a un médico. No poseemos poderes mágicos, pero nuestra condición humana es la razón innegable que nos convierte en seres vulnerables.

Aprendí mucho de ese paciente y después observé a la enfermedad desde otro punto de vista. Somos nosotros los que portamos cierto padecimiento, pero no es éste el que nos controla o domina nuestra voluntad. Cambiará nuestro estilo de vida y en algún punto valoraremos lo poco o mucho que tengamos. ¿Por qué lo digo en plural? porque algún día llegaré a ser médico, y porque algún día nosotros los médicos seremos pacientes.